

zon se albergan la filantropía, la caridad y los demás sentimientos cristianos. Esa cárcel es un monumento execrable que está diciendo al mundo civilizado: ¡Atras las luces del siglo! ¡no queremos progreso! Nosotros estamos todavía por la Bastilla de París, por la Torre de Londres, por el Puente de los Suspiros y por los tormentos de la Santa Inquisición.

Todos estábamos paralizados de horror oyendo aquellas relaciones, maldiciendo en nuestro interior á los déspotas y á los tiranos enemigos de las luces del siglo, cuando vino á interrumpirnos el ruido de los cerrojos que se escuchaba en todos los calabozos á un tiempo.

—¿Qué hay? preguntó uno de nuestros compañeros sacando la cabeza por la puerta entornada á la galería.

—Ejecucion, contestó uno de los carceleros.

Y tambien echó el cerrojo á nuestra puerta como á las de los otros calabozos, procedimiento que conocíamos y al cual sin embargo no podíamos acostumbrarnos.

¡Otro infeliz encapillado á quien iban á pasar por las armas al día siguiente!

CAPITULO XXVI.

EN LIBERTAD.

En frente exactamente de nuestro calabozo, habia otro que en vez de puerta tenia una verja de hierro, el cual servia de capilla á los ajusticiados. Durante el tiempo de mi prision hubo siete mexicanos y dos franceses encapillados algunas horas y pasados por las armas al día siguiente. ¡Ya se habia calmado la sed de sangre!

Todas las ejecuciones se verificaban entre cuatro y cinco de la mañana.

Ya saben los lectores que siempre que la Corte Marcial se reunia para juzgar á un reo, se pronunciaba la sentencia inmediatamente y allí mismo se le notificaba: cuando era pena de muerte, un empleado

de aquel tribunal se encargaba de ir a leer a la cárcel en presencia de todos los presos. Estos conocían tan bien el procedimiento, que cuando no se les decía nada, volvían con la seguridad de que iban al *palo*, expresión técnica de mis compañeros de presidio.

En esta vez eran dos los sentenciados: uno de ellos alto, bien formado; el otro era un indio de raza pura y de fisonomía salvaje. El primero estaba muy pálido y daba vueltas por la estrecha celdilla, demostrando suma agitación: el segundo estaba sentado en cuclillas, riéndose y hablando con los guardianes que se acercaban a la reja.

Al medio día llegó el empleado a leer la sentencia: todos sabíamos cual había de ser, pues que nunca se notificaban en la cárcel más que las de muerte; pero el hombre blanco nos interesaba por su aspecto simpático, y guardamos, para oír la lectura, profundo silencio.

¡Qué sorpresa! El pobre indio era el condenado a muerte: el blanco saldría en libertad mediante veinticinco pesos de multa: el delito era poco más ó menos el mismo: haber sido encontrados ambos en el camino real. Por lo demás, el hombre blanco tenía más continente de ser un guerrillero: lo probó, pagando en el acto los veinticinco pesos. Le vimos salir en libertad loco de alegría. El indio se quedó solo, siempre sentado en cuclillas y demostrando la mayor indiferencia.

Cuando se le preguntó que era lo que deseaba, contestó:

—Una comida de á peso del hotel.

Le llevaron la comida de á peso y.... se la acabó!

Nosotros le mandamos café y puros, aceptando ambas cosas de muy buena gana.

Se permitió la entrada a algunas personas de su familia, que le estuvieron llevando fruta y aguardiente.

Por la tarde entraron los monaguillos a componer el altar: el condenado quiso impedirlo, pero se le manifestó que esto se hacía con todos.

Se encendieron seis velas de cera delante de un crucifijo.

Al oscurecer llegó el sacerdote y el guardian preguntó al reo si ya estaba listo para confesarse.

—No quiero padres, contestó el preso a todas las instancias que se le hicieron.

El confesor de los condenados a muerte era un joven discípulo mío, que después de reconocermelo, me contó lo siguiente:

—Con frecuencia pasa lo mismo con estos desgraciados. La precipitación con que son juzgados y condenados a muerte hace que pierdan la cabeza, extraviándose de tal modo, que algunos no tienen idea de lo que les sucede. Entre los 179 condenados por las Cortes Marciales en los meses anteriores, es seguro que cien no han podido ó no han atinado a confesarse.

En la noche estuvo el encapillado fumando y bebiendo aguardiente, siempre sentado sobre los talones.

A las cinco de la mañana se oyeron los lúgubres tañidos del alba en todos los campanarios: al terminar esta, una voz pausada y sonora elevó un triste canto, al cual respondieron las voces de los presos de casi todos los calabozos. Es ese un canto melancólico que se tiene costumbre de modular en las cárceles a la ma-

drugada del día en que sale un hombre de allí á perecer en el patíbulo. Ese canto conmovedor se llama El Alabado.

Todavía estaban cantando los presos cuando el reo fué sacado con los ojos vendados, con un crucifijo en las manos y á su lado el sacerdote rezándole oraciones.

Los presos de mi calabozo, que en lo general no habian llegado á presenciar un espectáculo semejante, se conmovieron hondamente. Tres de ellos, oficiales, tenian que ser juzgados por la Corte Marcial; los demas dependiamos de la Comandancia. ¡Quién sabe cual es la suerte que nos aguarda! decian suspirando.

Entre los siete condenados á muerte por la Corte Marcial que ví sacar de la capilla en el tiempo que duró mi prision, no hubo uno solo que fuera convicto ó confeso. Los mas murieron hasta ignorando el delito que se les imputaba.

He aquí como sucedia: las autoridades de los pueblos consignaban á todo el que querian, manifestando que aquel hombre pertenecia, habia pertenecido ó se sospechaba que perteneciera á tal gavilla de ladrones ó á tal fuerza de liberales, y con eso bastaba para que la Corte Marcial pudiera fallar. Esta se limitaba á preguntarle si tenia descargos que hacer ó pruebas que rendir: el reo, que rara vez llegaba á comprender de lo que se trataba, respondia cualquier simpleza, la que muchas veces agravaba su situacion; la Corte fallaba exponiendo que en virtud de no haber sido desvanecidos los cargos, se condenaba al presunto reo á tal ó cual pena, segun el humor con que se encontraban el presidente, los vocales y el relator, ó á que que-

dara completamente en libertad, por no haber habido méritos para el procedimiento. Esto sucedió pocas veces.

Dejo á las Cortes Marciales en paz, para que se ocupe de ellas, si quiere, la historia, y paso adelante.

Ya he dicho que mi calabozo era el mas inmediato á la puerta del *golpe*: un dia oí que preguntaban por mí y saqué la cabeza. Ví entónces entrar á Emeterio Robles Gil, diciéndome que tambien venia preso.

—¿Por qué motivo? le pregunté.

—Lo ignoro, me contestó.

La pregunta y la respuesta estaban de más en aquellas circunstancias.

Recibimos al nuevo compañero en nuestro calabozo, ofreciéndole un trago del vino que hacíamos entrar clandestinamente, y en seguida salió á conocer la prision; pero como ignoraba las prohibiciones que existian, empezó á hablar con todos los presos, haciendo uso del carácter franco y popular con que le tiene dotado la naturaleza. Hubo más todavía: el aviso que se le dió de que no entraba su cama porque el Comandante militar no concedia aun la licencia, le hizo prorumpir en frases duras contra aquel y sus satélites, lo cual irritó al sargento López, quien armado del terrible nervio de toro, se lanzó sobre aquel queriendo pegarle.... Fué necesario que el jóven Velasco y yo interviniéramos para evitar una desgracia, pues de seguro Robles Gil se habria defendido, y quien sabe el fin desastroso que hubiera tenido aquella escena.

Fué necesario que insistiéramos mucho para que el sargento consintiera en desistir de su castigo. Des-

pues ya lo único que quería era encerrar á Robles Gil en un separo que era el más inmundo de los calabozos. Estaba hecho un energúmeno, no entendía de razones ni quería escuchar nada; pero tanto insistimos y tanto le rogamos, que al fin consintió en que todos juntos fuéramos castigados, permaneciendo el resto del día encerrados, privándonos de ver á nuestras familias.

Así lo hicimos, se corrieron los cerrojos de nuestras celdillas, y todo volvió á quedar en silencio.

Por la noche se abrió la prision para dar paso al Lic. D. Anastasio Cañedo, que iba con el carácter de incomunicado. El Sr. Cañedo era un hombre distinguido en Guadalajara por su saber y su posición; estaba próximo á la ancianidad, y era muy respetado por todas esas circunstancias. Aunque se había distinguido siempre por sus ideas liberales avanzadas, estaba á la vez separado de la política, ocupándose únicamente de los asuntos de su profesión. Le estuvimos observando en los días siguientes por entre las junturas de la puerta, y demostraba una calma estóica, sin que llegara á contraérsele un solo músculo de la cara.

Estuvieron entrando otros presos políticos que duraban en aquella cárcel dos ó tres días solamente, y lo mismo que entraban salían, sin llegar á saber la causa. Solo yo me fui eternizando en aquella prision. Y no por que tuviera más delito ni ménos personas que se interesaran por mi suerte, sino porque el Sr. de la Colina, secretario del general Gutierrez, me había cobrado ojeriza sin conocerme, tal vez porque supo que la daba de literato como él, y no le agradaban mis versos.

Muchas personas respetables de Guadalajara estuvieron empeñándose con el general Gutierrez en que me pusiera libre. El contestaba invariablemente á todos con risa sardónica:

—Ya saldrá en mejores días.

Hacia alusion á los inocentes *mejores días* que yo había intercalado en mis versos á la Peralta. ¿Era este suficiente delito para sufrir aquella dura y prolongada prision? A veces me conformaba cuando veía entrar á Cañedo y otras personas que no habían dicho ni eso.

Cansado al fin de tantas instancias como se le hacían, con las cuales, segun su expresión, no le dejaban respirar, convino en fijar un domingo para darme la libertad: así lo ofreció no solamente al general Pantaleon Moret, empeñando su palabra de honor, sino también á unas señoras de mi familia.

Llegó el domingo, y muy temprano recibí el aviso de que me preparara á salir libre en aquella misma mañana.

Mi respetable amigo y querido hermano político, el Sr. D. Felipe Shannon, fué á la casa del general Gutierrez por la orden de libertad.

—Ya dije que sale hoy, contestó, está dada mi palabra, y no hay ejemplo de que el general Gutierrez haya faltado nunca á ella. Vayan vds. á esperarme en la Comandancia.

Entretanto yo contaba las horas con ansiedad.

De repente me dijeron que allí estaba un ayudante de Gutierrez. Los compañeros me daban la enhorabuena, suponiendo que era portador de la orden de

libertad. Salí y observé que estaba hablando en secreto con el alcaide.

Me volví á mi calabozo desalentado y con un mal presentimiento fijo en mi alma.

A las doce llegó mi familia acompañada de muchos de mis amigos.

Mi hermano político, aquel honrado irlandés que nunca juzgaba que hubiera en el mundo hombres pérfidos, traía triunfante la orden escrita en la mano.

Mi corazón palpitaba ante una nueva que todavía me estaba pareciendo increíble.

—Yo libre? les preguntaba, ¿pero será verdad....?

El alcaide recibió la orden y estuvo como examinándola algunos segundos, hasta que por fin dijo:

—No es buena.

Y al mismo tiempo la hizo pedazos.

Aquello fué como si un rayo hubiera caído en medio de todos nosotros.

Las palabras fueron inútiles cuando sobraron tanto las lágrimas. ¿Cómo se iría mi familia, cómo me quedaría yo?... El mismo alcaide á quien suponía enduccionado despues de haber presenciado tantas escenas horribles, se estiró el bigote con rabia y murmuró:— ¡Maldito oficio este!

Volví á mi calabozo con el corazón rebosando amargura, me metí en el lecho y en ese día ni tuve apetito para comer, ni tuve tranquilidad para dormir.

El general Gutierrez hizo saber á la sociedad indignada, que todo aquello había sido una farsa dispuesta por él para quitarse de una vez de encima á tanta gente molesta.

Despues de aquel fracaso no me quedaba otro recurso que proyectar una evasión, tanto mas cuanto que se me había informado que Gutierrez había recibido orden de México para fusilarme en represalia de unos prisioneros que había fusilado Corona, si se confirmaba la noticia.

Mis compañeros de cuarto y yo logramos ponernos en contacto con diez hombres desalmados de aquella prision, que se mostraron satisfechos de nuestro proyecto. Era tan sencillo como realizable: no necesitábamos mas que proveernos con paciencia en cuatro ó cinco días de algunos objetos y las inteligencias con un hombre por fuera para que todo quedase hecho en una hora ó en ménos todavía, sin ningun estrépito.

Todo quedó arreglado en ménos tiempo del que creíamos. Era viérnes y fijamos para nuestra evasión el próximo domingo: era preciso aprovechar ese día, porque los dos militares y yo segun nos hizo comprender el alcaide íbamos á ser encapillados el lúnes.

El sábado, como lo tenía de costumbre todas las mañanas, se levantó muy temprano nuestro compañero D. Mauricio Núñez. Por una casualidad se acercó á la puerta que cedió con un leve empuje.

—Está abierto! dijo admirado y salió.

Nosotros no nos fijamos en ese incidente.

Volvió á poco rebosando de júbilo á decirnos:

—Muchachos, estamos libres..... levántense.....

Todos nos incorporamos en nuestros lechos.

—Levántense! repitió con desesperación..... ya se han ido los soldados..... ya no hay guardia..... ¡estamos libres!

—¿Libres? ¿libres? ... preguntábamnos sin podernos dar cuenta de aquello.

Y como nada hay tan convincente como el acento de la verdad, nos vestimos luego.

Entró el jóven Ordaz que habia dormido fuera esclamando:

—¡El imperio se ha ido á pique! Parra derrotó á los franceses en la Coronilla. ... Gutierrez está evacuando la plaza.

Salimos. ... la galería estaba desierta. ... todas las celdillas tenian echados los cerrojos, ménos la nuestra. ... ¿qué significaba aquello? La mujer del alcaide habia robado á este la llave cuando notó la alarma y fué á darnos la libertad sin decírnoslo. ... ¡Buen corazon como el de todas las mujeres mexicanas!

Nos dirijimos á la puerta principal: allí estaba un cuartel de franceses y estos preparándose para la marcha: no nos permitieron pasar.

Nos volvimos buscando salida por la espalda del edificio: allí se habia construido un fuerte y estaba custodiado tambien por franceses que nos rechazaron.

El tiempo pasaba y nuestra situacion iba haciéndose angustiosa. Robles Gil habia acudido temprano acompañado del cónsul aleman, y no habia conseguido sacarnos. Nos dejó dicho sin embargo, que debiamos hacer todo lo posible para escaparnos porque el general Gutierrez pensaba mandar por los presos políticos para llevárselos pié á tierra.

Discutiamos el partido que habiamos de tomar cuando apareció D. Enrique Satler como nuestro salvador.

El comercio lo habia nombrado jefe del punto y lo primero que hizo fué sacarnos entre los franceses y ponernos en libertad.

Monté á caballo luego y salí de la ciudad. Tal precaucion era ya inútil, pues que no se habian de ocupar en buscarme los que abandonaban en su fuga los cañones y hasta el dinero; pero en el camino volvió á aprehenderme una avanzada que se retiraba. A duras penas logré escapar la segunda vez, pero escapé, logrando entónces ver el desfile de los imperialistas.

Gutierrez, Cortázar y Colina, iban á la cabeza de sus desmoralizadas tropas con el semblante desencajado. Para mayor seguridad iban vestidos de paisanos.

Eran tres mil hombres muy bien equipados. García de la Cadena con quinientos sin parque les salió al encuentro, les hostilizó y se desbandaron sin combatir á la vista del enemigo.

El imperio se habia desmoronado en el Occidente de la República. La plebe de Guadalajara no cometió desórden alguno limitándose á reunirse en grupos y pasear por las calles gritando:

¡Viva Eulogio Parra! ¡Viva la República!